

ALTERNATIVA



Los periódicos ya no se quejan, ni piden nada... Tranquilidad política absoluta... ¡oh la dulzura del Gobierno del General Bapverizo!...

CONCURSO PERMANENTE DE CUENTOS DE "CARICATURA"

La Redacción de «Caricatura» desde esta fecha promueve un concurso permanente de cuentos para todos los intelectuales de la República y de fuera del país, con las siguientes bases:

1°. **Argumento.**—El argumento del cuento enviado para concurso debe ser de una rigurosa originalidad, siendo de advertir que será este punto en el que pondrá especial atención el Jurado.

El tema es libre y a elección de los concurrentes, recomendando que se dé preferencia a los de género humorístico.

2°. **Extensión.**—Por el poco espacio de que disponemos en este semanario desearíamos que los cuentos sean cortos y se fija el número de 2,000 palabras como máximo de extensión.

3°. **Jurado.**—El Jurado lo compondrá la Redacción de «Caricatura».

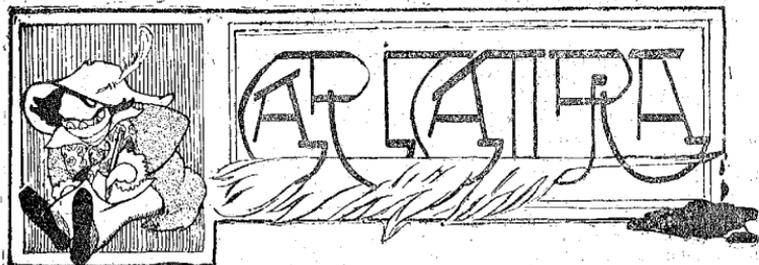
4°. **Plazo.**—Los originales se recibirán hasta el sábado de cada semana para que el Jurado pueda estudiarlos el domingo y decida la publicación del que a su juicio fuere el mejor, con ilustraciones de los dibujantes del semanario, en el número subsiguiente.

5°. **Premios.**—El premio será la publicación ilustrada, y a ser posible, con el retrato del autor, del cuento que hubiere obtenido el primer lugar en cada semana. El 1° de Enero de cada año se abrirá un nuevo concurso entre las lectoras de este semanario para que por votación indiquen el cuento que de entre todos los publicados hubiere gustado más. El autor de ese cuento será acreedor a un premio especial consistente en un objeto artístico y un diploma que acredite su triunfo.

6°. **Instrucciones generales.**—Los originales se enviarán bien escritos a máquina, en un sobre cerrado, dirigido a Redacción de «Caricatura».—*Apartado Z.* El original deberá ser firmado con un pseudónimo. En otro sobre cerrado se enviara el mismo pseudónimo con el nombre de la persona a quien corresponda. Los que desearan sostener su pseudónimo al ser publicados los cuentos que merezcan tal distinción podrán hacerlo sin ningún inconveniente, permitiéndose que éstos puedan ser dedicados a cualquiera persona.

La Redacción de «Caricatura» espera que todos atenderán a este llamamiento y confía que no dejarán de contribuir al éxito de este concurso los intelectuales jóvenes especialmente, pues se ha hecho con el objeto de revelar a aquellos que, quizá de verdadero valor, no son conocidos porque sus producciones han permanecido inéditas por falta de un medio de publicidad.

Quito, Marzo 7 de 1920.



SEMANARIO HUMORISTICO DE LA VIDA NACIONAL

REDACCION Y ADMINISTRACION CALLE GARCIA MORRNO N.º. 30

APARTADO DE CORREOS LETRA Z

Precio 80 ctvs.

AÑO II

Quito, Marzo 21 de 1920

NÚMERO 60

DE LA VIDA QUE PASA

Gentes civilizadas. — Un matrimonio que no es matrimonio. — La admirable ley del divorcio.

Ya que es tan difícil, mejor dicho, casi imposible llegar hasta el grado de civilización indispensable para sacudirnos de todos los prejuicios y convencionalismos sociales que nos obligan a practicar el matrimonio ya sea conforme a la Santa Madre Iglesia o conforme al no menos santo padrastro Estado, y no practicarlo sencilla y llanamente conforme a la naturaleza, que debe ser el ideal de toda persona civilizada; el Estado, no más sabio que la Iglesia pero sí más tolerante, haciendo la ley del divorcio, esa sabia y humana ley que permite a los cónyuges ir cada uno por el camino que a bien tuviere elegir, cuando por otra inexorable ley de la vida el uno ha llegado a fastidiarse del otro y viceversa.

Y nada ha sido tan onerosamente combatido en nuestra amada patria como el divorcio. El criterio social, que equivale a decir el criterio doméstico, lo descalificó, y una persona que se ha divorciado es nada menos que un descalificado. Y nada que nos

haga aparecer más primitivos y más salvajes que este inefable acto de injusticia. Porque, en resumen, ¿cuál es, pues, la causa de esta animosidad contra el divorcio y los divorciados? Los teólogos y los moralistas de trastienda tienen, aparte de la ilógica razón de lo que «la Iglesia unió nadie podrá desunirlos», infinidad de razones casi de tanto peso (hablando en humano) como la anterior, pero la de más categoría y la que es su principal caballo de batalla es la de la prole, la cual en la práctica hemos visto resolverlo tan fácilmente, que todos los teóricos silogismos escolásticos y todos los hábiles sofismas teológicos para probar la fuerza de esta razón, son inmediatamente echados a un lado.

¿Cuál es, pues, esa causa que no obliga a pensar que una vez unidas en matrimonio dos personas no podrán separarse jamás, a pesar de que en ciertos casos la vida conyugal no sólo es imposible, sino que sencillamente se ha transformado en un infierno?

¿Por qué dos personas que irreflexivamente se lanzaron uno en brazos del otro, por creer que el uno había nacido para el otro, y cuando el tiempo comprueba que todo no había sido sino un espejismo y se ven forzados a separarse, no han de pensar cada uno de ellos en otro amor que les compense de la desilusión del primero, si se han de atender a los gritos de la naturaleza? ¿Por qué?

Pues, sencillamente, porque por razones atávicas estamos acostumbrados a conceder al amor, y por consiguiente al matrimonio, una importancia y una gravedad que están muy lejos de tenerla en realidad. El matrimonio es el acto de más trascendencia en nuestra vida (antes de casarse es de rigor en la mujer el derramar sin motivo exterior unas lagrimitas), el amor es un rito religioso y una ceremonia de suma importancia. Convengo que el amor sea un rito, pero ¿por qué no ha de ser un rito amable y fácil como los ritos paganos y no un rito angustioso y lleno de responsabilidades y consecuencias, como entre nosotros los cristianos, y sobre todo los cristianos que todavía vivimos en la edad media?

Si la vida es dura por sí misma, ¿por qué agravarla haciendo que las cosas sean más graves de lo que efectivamente son y por qué dar mayor alcance del que realmente tienen a nuestros actos? El amor . . . el dolor . . . la pobreza . . . la felicidad . . . no son sino accidentes en la vida: esa es la suprema filosofía. Un día decía Zamacois en la redacción de este semanario: «¿El objeto de la vida? La vida misma, el cuarto de hora presente, el minuto que estamos viviendo; la gloria, el dinero, etc, por añadidura: nada merece la pena de sacrificarse al cuarto de hora presente». Y es así; por lo menos, esa es la forma de ser menos infeliz que otros.

Parece que así lo comprendieron también dos buenos muchachos, dos párvulos casi—o *párvulos*, como dice «El Conservador»—el día, ese buen día en que resolvieron casarse.

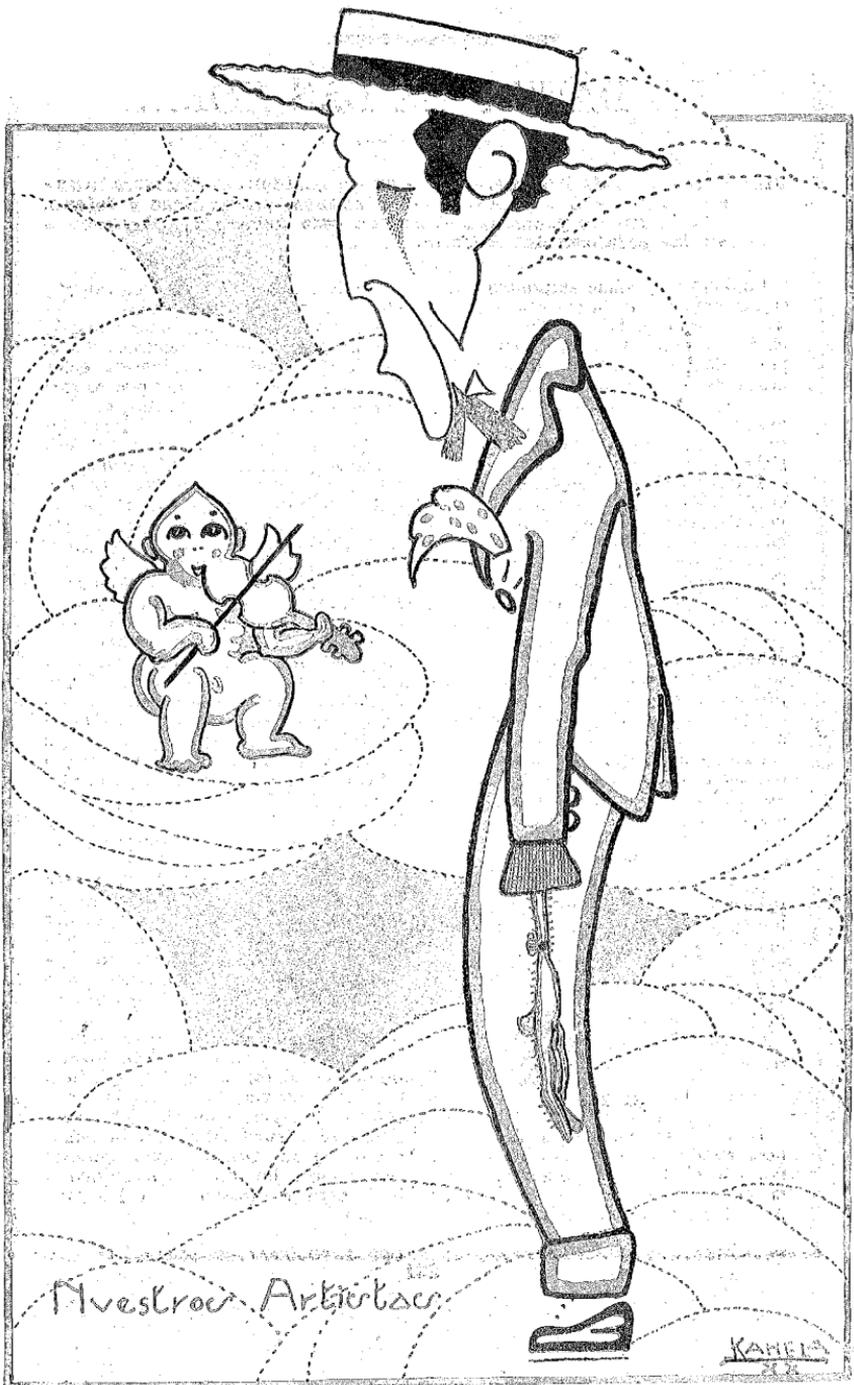
Serafín Hurtado y Celia Martínez, con los nombres de dos menores de edad, y atendiendo, sin duda, a los gritos de la naturaleza solamente, sin necesidad del consentimiento de los padres, sin la intervención del Jefe Político, sin ceremonias y sin gravedad, se casaron un día, ante el Teniente Político de San Roque, y se fueron «por la vida como dos pajarillos» y siguieron viviendo tranquilamente por espacio de cinco años, como dice «El Día» «bajo la sombra del Séptimo Sacramento», pero el séptimo sacramento laico, según parece; hasta que hoy, de común acuerdo y por razones que se ignoran (así dice «El Día»), pero fáciles de adivinar, exponen al Alcalde su deseo de que se declare disuelto el matrimonio.

Pero lo más gracioso y hasta genial del caso es que, como no estuvieron casados legalmente y como el Alcalde juzga nulo el matrimonio y cree que no será posible disolverlo desde luego que no ha habido enlace legal, sí, con una ingenuidad encantadora y con una extraordinaria candoridad han declarado que están dispuestos a casarse con todas las formalidades legales para luego divorciarse.

¿No es esto delicioso y admirable? He aquí un gran argumento para un *vaudeville* que haría feliz al público de Quito, una hora, si se llegara a componerlo y representarlo en el «Sucre».

Esto si que es tomar a la vida como se debe tomarla y llegar a la civilización. El *ca m' est égal* para todas las cosas y la divina despreocupación de lo que tanto preocupa a los demás. Para ellos la vida no debe tener ningún problema porque lo resolverían con una pasmosa facilidad. Los envidio, porque son más civilizados que nosotros los que nos torturamos y desesperamos por las pequeñas cuestiones cotidianas que constituyen nuestros grandes problemas morales.

ALONSO QUIJANO.



LA DANZA DE LAS HORAS

Ofrenda.—Cosas de Europa.—La vejez de Occidente.—Nuestro mundo blanco está degenerado.—El Oriente, maravilloso y lejano.—D'Annunzio preconiza el dorado país del arroz.—¿Creeremos en las palabras del Altísimo?

• Perdón, mis bellas amiguitas lectoras, si voy, por un momento, a egolatrizar. León de Borneil había silenciado bastante tiempo, y vosotras—¡oh deliciosa fragilidad femenina!—, acaso os olvidásteis ya de sus erúricas de cada semana, que aspiran, como galardón triunfal, a tener un pues-tecito cariñoso en vuestra atención. ¿Verdad que sí os olvidásteis?

Y es porque una imprudente dolencia le tuvo alejado del cotidiano de venir, que enmudeció la voz de quien quisiera tener de oro y seda las palabras y de música el ritmo de las frases para loar vuestros encantos...

Pero León de Borneil ha vuelto, suponed más bien que de un largo peregrinar por tierras extrañas, y de él ha traído, para ofrendarlo a la sutil y divina gracia vuestra, un manojito de flores de ingenuidad y de sentimiento, que tienen olor de corazón....

Aceptadlo, pues. Y buenos días, otra vez, lindas lectoras: que para vosotras sean las Epifanías gloriosas del Amor y de la Sonrisa.

¿Cosas de casa para esta crónica? ¡Pero las tenemos tan retesabidas! Y, luego, ¡son tan pequeñas y hace un día tan sereno y tan azul, y tan juvenilmente se entra el sol por las ventanas! Soñemos, en esta mañana purísima, un poquitín, y vayámonos hacia la vieja y amada tierra de Europa, que es como la Thulé opulenta recordada por nuestros corazones.

Indudablemente, os es familiar el nombre de un gran Poeta, que es también un Poeta-Soldado: el Supremo de aquella estirpe gloriosa de pensadores y artistas que escribieron,

en la Guerra Magna, con su sangre, el Poema de las Heroicidades.

¡Cuántas sensaciones desconocidas, atormentadoras quizá, tendrías, lectoras de ojos azules y cabellera color de sol, o lectoras de divinos rostros morenos y formas exquisitas, al desflorar las páginas fuertes y maravillosamente plenas de colorido, de «El Fuego»—¡recordáis el idilio vehemente?—, «Las vírgenes de las rocas» o «El triunfo de la muerte»! ¡Y cómo se agitarían las almitas delicadas que tenéis, al contacto de la poesía grandiosa de este Magó del Arte!...

Sabéis ya que vóime refiriendo a D'Annunzio, aquel señor calvo y de apariencias burgnesas, que tiene una perillita metafísica y unos ojillos chiquitines. A Gabriel D'Annunzio, a quien tan buenas ganas tenía el genial Juan José de Soiza Reilly de endilgarle un puntanico de esos que no deseo ni para los Redactores de los Semanarios Católicos.... El mismo D'Annunzio que se sublimiza con «La Hija de Jorio» y que, hoy, es el ídolo de las muchedumbres fiuezas y el tipo, él lo quiere, del Superhombre soñado por Nietzsche....

Pues bien, lectoras: el Poeta de «El Placer», gloria de Occidente, gloria de la Raza Blanca, ha acabado por destestar a Occidente y a nuestro Mundo Blanco. El Altísimo ha hablado: «Olvidemos el Occidente que nos odia, dice: volvamos la espalda al Occidente, que cada día se debate más, se infecta, se deshonra. Sepáremos del degenerado Occidente, que olvida el esplendor del espíritu y que se ha convertido en un inmenso Banco al servicio de la inhumana plutocracia trasatlántica.... Saludemos a ese lejano Oriente que, durante siete siglos, ha estado acercándose, lenta pero seguramente, a los latinos....»

Saludemos a ese lejano Oriente...

Pero, en verdad, ¿está la magna Europa caduca y moribunda como la pinta el Poeta? París, Londres, Madrid, todas aquellas ciudades fabulosas y queridas, donde las Mujeres, el Arte, el Placer tenían su trono recamado de oros y diamantes, ¿van a la decadencia anunciada por el Altísimo de «El Fuego»? ¿Ya no tiene nuestra raza latina, de estirpe recia y gloriosa, el magno blasón que fue su orgullo y que fue el heraldo de sus triunfos? Los rubios sajones, los germanos de bellos cuerpos atléticos, los habitantes del Danubio inmenso, ¿han resignado su vigor potente?

El Occidente está degenerado, ha dicho D'Annunzio.

¿Acaso llegaron para el Mundo Blanco las horas de muerte y de aniquilamiento que pesan, como un fatal conjuro apocalíptico, sobre todas las cosas terrenas?

Las horas negras de amargura y desolación que vieron, desde antaño, los visionarios Profetas de las Conmi-naciones, ¿acaso han venido ya, como presagadoras de la Hora Final?

¡Pobre mundo de Occidente, gastado, por cuyo organismo no circula ya la sabia jocunda llevadora de la Vida! ¡Pobre Mundo Blanco que agoniza!

Y que se ve precisado a ceder su puesto de Monarca, quizá por ley ineludible, al repulsivo y enigmático País del Arroz, al Oriente lejano, misterioso y escondido, que nos subyuga con el prestigio exótico de sus musmés y de sus mujeres del Yoshiwara...

Saludemos al lejano Oriente, ha dicho el Poeta. Vámonos a él, a embriagarnos con sus paraísos artificiales de opio y de hachís; a sentir las sutiles caricias y los amores ténues de las mujeres de rasgados ojos tristes, de labios sedientos y de piecicitos

invrosímiles; a soñar bajo los jardines invadidos de luna, tal que los que nos pinta en sus maravillosas Estampas Coloridas el lontano Utamaró...

O vámonos al Oriente vistoso, lujuriante y ubérrimo, donde hay selvas enormes como mares, donde hay lotos flexibles y amados por nuestras almas de poetas; donde hay bellas danzadoras de formas núbiles y divinas que tienen el ritmo de un verso exquisito; perfumes rituales, raros edificios cuajados de piedras preciosas como los palacios de Mil y una Noches; donde hay hombres hurafios y de ojos fosforescentes, que matan por fanatismo atávico...

Volvamos nuestras miradas al potente Japón, a la China — precursora de todo saber—, a la India, que oyó las divinas enseñanzas del divino Sakiamuny...

Olvídemos al degenerado Occidente, el Mundo de los Blancos, que se debate en las miserias y en las agonías precursoras de la Hora Final...

Todo esto ha dicho, o ha querido decir, en síntesis, con sus palabras que copié al principio, D'Annunzio, el Supremo Poeta. El ha anunciado la muerte de nuestra blasonada estirpe; él preconiza, como con voz de iluminado, la supremacía del Oriente lejano.... El alaba este como retorno a la que generalmente consideramos cuna de la especie humana: el Asia olor de sándalos. ¡Pobre Mundo Blanco, que agoniza! Estamos en la hora fatal de la Decadencia....

Así ha hablado el Mago de Italia.

Pero, y pese a su prestigio de Altísimo, de Superhombre, ¿habremos de creer en las palabras apocalípticas del Poeta?...

León de Borneil.

LO FATAL

*Dichoso el árbol que es apenas sensitivo
y más la piedra dura porque esa ya no siente.
Pues no hay mayor dolor, que el dolor de estar vivo.
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.
Ser, y no saber nada y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido, y un futuro terror
y el espanto seguro de estar mañana muerto,
y sufrir por la vida y por la sombra y por
lo que no conocemos y apenas sospechamos,
y la carne que tienta con sus frescos racimos....
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos
y no saber a dónde vamos
ni de dónde venimos....!*

Rubén Darío.





INVENTARIO LOYALDAD

Ilustración de M. Lara.

Critica cómica del ser humano

Nosotros creemos sinceramente que el hombre anda, porque tiene piernas y no que tiene piernas para andar.

Es decir, que no creemos en las causas finales.

Y no creyendo en las causas finales se sobrentiende que no creemos en la sabiduría de la Naturaleza.

La Naturaleza nos parece torpe, caprichosa, ininteligente y brutal.

Estamos decididos a criticar a la Naturaleza, y pase lo que pase.

Su obra maestra, según los doctos, es el ser humano. Pues criticaremos al ser humano, no ya en el orden moral, donde todos están o conformes en que es imperfecto, si no en el orden físico; por el que no ha recibido hasta ahora más que alabanzas.

Y he aquí que salta un dato de la insensatez de las gentes: cuando se habla de los factores morales del hombre se dice: «¡Qué malo es el hombre!». Y cuando se habla de sus factores físicos se dice: «¡Cuán sabia es la Naturaleza!». Como si unos y otros no fuesen obra de esta misma.

Vamos, pues, a criticar aquello por lo que se exclama: «¡Cuán sabia es la Naturaleza, ya que lo otro, la maldad, el egoísmo y los vicios del ser humano se le achacan a éste, como si él tuviese la culpa de ser tal cual ha sido hecho».

Comencemos.

El defecto más importante del ser humano es que no tiene la cabeza giratoria. Para ver todo lo que hay o sucede a su espalda ha de volverse todo él; esto, que ya implica una molestia superflua, es una necesidad retardataria que pone al hombre a merced de un enemigo rápido o silencioso. La cabeza del hombre debiera volverse por completo a la izquierda o a la derecha, y de no ser así, es indignante el hecho de que tenga dos ojos en una misma dirección, cuando bastaba uno sólo, y no tenga ninguno en el occipicio, lo que le preservaría de tantos peligros.

Así como protestamos de los dos ojos en una misma dirección, protestamos de todos los órganos dobles. Habién-

dose demostrado que puede vivirse con un riñón o un pulmón nada más, esa dualidad orgánica no nos sirve como no sea para duplicar las probabilidades de afecciones o accidentes, y, en caso de enfermedad, para sufrir por dos y fallecer por menos de nada.

Puestos en todo, si los órganos dobles fuesen ventajosos, la nariz, y con la nariz todos los órganos sencillos, debieran levantarse contra esa inferioridad en que se les coloca.

Otra de las redundancias en el ser humano son los dedos de los miembros abdominales, que parecen creados con el único y sindicalista objeto de dar de comer a los pedientos.

Por el contrario, en lo que se refiere a los miembros torácicos, los dedos de las manos nos parecen pocos; las personas que cuentan con los dedos apenas si pueden enterarse de nada.

Además, los brazos debieran ser mucho más largos y con esa facultad de distenderse que tienen los pezones de ciertas aves gallináceas. Esto sería de una gran utilidad para los burocratas, y nos evitaría en los banquetes el molestar y sonreír a los comienzos vecinos, dirigiéndoles reiterados ruegos para que nos acercquen las botellas y los entremeses distantes.

El hombre debiera descuartarse en pie, como los animales. Se ahorraría una gran cantidad de pesetas en su mobiliario y otra gran cantidad de fórmulas de cortesía.

Los cabellos sobran en el ser humano. No se nos aduzca que sirven para abrigar la cabeza. Entonces sobran los sombreros. ¿Qué éstos no abrigan lo suficiente? Pues que se decida la Naturaleza y que cree, o hombres con bastantes cabellos para no sentir los rigores de la intemperie, o hombres con sombreros lo necesariamente pelados para el mismo fin.

En general, es una asombrosa torpeza, o una ineficaz impiedad de la madre Natura, que el hombre no nazca facultado para vivir, para subsistir, mejor dicho, y que se vea en la precisión de vestirse, tocarse y calzarse. ¡Oh! ¡Y cómo se reducirían en segui-

da los modernos problemas sociales, si así no fuera.

La optimista creencia de que el hombre nació en un tiempo con facultades para vivir «a cuerpo limpio» y que luego su decadencia física lo ha llevado al necesario uso del sombrero, el traje y las botas; es una hipótesis tan gratuita como la entrada a los museos y a las conferencias de oradores nacionales.

¿Quién ha visto esa especie de hombres? Y en último caso ¿qué nos importa el pasado? «El pasado no nos pertenece», que dijo no sé quién. El presente, sí. Y al presente, el hombre no nace organizado para vivir sin la colaboración de los sastres. Esto es una vergüenza. (Y más hoy que han hecho liga.)

Pero quizá la imperfección más grave que advertimos en el ser humano sea la de que no es anfibio. El hombre debiera ser anfibio. Eso de que si se cae al agua se ahogue nos pare-

ce el colmo de la improvisación por parte de la Naturaleza. Tanto más, cuanto que el mundo es más bien líquido que sólido.

Hay quien, sobre ser anfibio, quisiera ser volátil. ¿Para qué? Volar no es una necesidad; es más bien un *sport* y un recurso guerrero. Aquí tratamos de lo fundamentalmente preciso.

Para caminar por el aire ya tiene los aeroplanos, así como para transportarse por la tierra tiene los carriles.

Imparcialidad ante todo.

Y aquí damos fin a la crítica del ser humano.

Ahora, la Naturaleza tiene la palabra... Nos consta que el treneno es su voz; pero, aún siendo así, la suplicamos que hable y que se justifique.

Nos encomendaremos a Santa Bárbara.

FERNANDO LUQUE.

MODERNOS POETAS ESPAÑOLES

Como aquel Manrique loco . . .

Yo he nacido con el alma condenada
a buscar, estérilmente, por la vida
un amor que venga a hacerme la jornada
menos triste, menos cruda, más sufrida.

Cruce el mundo, visionario y peregrino,
a la usanza de romeros y juglares,
y jamás deje un recuerdo en el camino
ni un ensueño de mujer en los lugares.

Vivi siempre melancólico y hurano;
y hoy, vencido, sólo debo a la fortuna
las espinas dolorosas que, una a una,

en mi espíritu ha clavado el desengaño.
Loco, siempre corrí audaz tras de un engaño,
tras el rayo fugitivo de la luna.

FELIPE DE CAMINO.

De las riberas del Guayas.



El hombre de la montaña.

Latorre
XX

El conferencista Montes Segobia



DIARIO DE ADAN

(Traducido del manuscrito original por Mark Twain)

(Conclusión)

A decir verdad, Caín, en su conformación general se asemeja mucho a nosotros; pero su modo de andar demuestra un parentesco lejano, si lo hay. Poniéndome a discurrir sobre el tema, hago descubrimientos curiosos. El *enigma* no pertenece, desde luego, a la familia de los kanguros, porque aún teniendo como estos animales muy cortas las patas delanteras y extraordinariamente largas las de atrás, no puede saltar. Puede que sea una variedad del kanguro, no catalogada todavía. Como descubridor de un bicho tan interesante, pareceme justo unir mi nombre al hallazgo zoológico. Le he puesto *kanguro adamienis*... Debía ser muy joven cuando lo cogimos, porque ha crecido desde entonces de un modo atroz. Ahora alcanza cinco veces lo menos el tamaño primitivo, y cuando está disgustado hace diez veces más ruido que en aquella época. El castigo, lejos de acallarle, produce efecto contrario, razón por la cual he dejado de pegarle. Suélo observar que Eva le domina por la persuasión, y sobre todo dándole cosas que un momento antes había jurado no concederle.

Ya he dicho anteriormente que el singular animalito vino a mi casa cuando yo estaba en ella. Eva dijo habérselo encontrado en la selva.

Se antojará extraño, pero es lo cierto: nuestro *enigma* está de non en el mundo, es único en su clase. Durante varias semanas he echado los botes por esas montañas y esas inextricables espesuras buscando parca al maravilloso bicho. No lo hacía por puro placer de coleccionista, sino por encontrarle compañero de juegos; antojábase me que, teniendo con quien entretenerse, haría menos ruido y nos sería más fácil domarle.

Pero mi exploración resultó un completo fracaso: no he encontrado más *kanguro adamienis*, ni siquiera huellas del mismo. ¡No salgo de mi estupefacción!... He ahí un ser que vive en suelo que no cuenta con la ayuda ajena y, sin embargo, no deja

rastros de ninguna clase... ¿Cómo podrá ser eso?

He colocado en los matorrales docenas de trampas... ¡igual que si me las hubiese puesto a mí mismo!... Cazo toda clase de alimañas; ninguna se parece poco ni mucho al *kanguro adamienis*. Son repugnantes "méteme en todo" que se acercan al lazo para averiguar la razón de que haya comida en aquel sitio. Simple curiosidad sin duda, porque jamás la tocan.

TRES MESES DESPUÉS.—El kanguro continúa creciendo y sumiéndome en un mar de dudas. Ahora le está saliendo pelo en la cabeza; un pelo parecido al nuestro, salvo que lo encuentro más bello y más sedoso, y que en vez de ser negro es rojo. Desde luego no se asemeja en nada al pelo de los kanguros.

¡Ay de mí!... Me devano los sesos pensando en el capricho y fatigante desarrollo de ese fenómeno zoológico inclasificable.

¡Si al menos me fuera dable apoderarme de otro!... Mas ¿para qué alentar vanas esperanzas?... Es un kanguro único. Estoy convenidísimo.

Hará tres semanas tuve la idea de traerle un kanguro ordinario, para que entretuviese su soledad. Lejos de acoger bien a su nuevo compañero, asustóse mi *adamienis* y dió tremendos chillidos. Por esto induje que se trataba de un animal desconocido para él.

¡Infeliz Caín!... ¡Qué haría yo para entretenerle!... ¡Si te prestaras de buena voluntad a la doma!... Pero eres indomable, decididamente indomable.

Viendo ayer cómo se encolerizaba, enseñándonos las garras, propuse a Eva darle suelta. La proposición fue desechada en redondo; a Eva le parecía cruel. Acaso tuviese razón mi compañera.

CINCO MESES MÁS TARDE.—No se ve un *kanguro*. Anda (con las patas traseras), cogiéndose de la mano de Eva. Son pocos pasos, pero anda. Cuando se fatiga se deja caer en el suelo.

De lo que deduzco siguiente: hemos patrocinado quizá una nueva va-

riedad ursina. Eso es; *Cain* me parece un oso, aunque carezca de rabo y esté reducido su pelaje al vello rojizo de la cabeza.

El descubrimiento no tiene nada de tranquilizador: los osos ¡ay! son fieras peligrosas; no he podido olvidar aún el día de nuestro accidente. Por si acaso, adoptaré la precaución de ponerle bozal. *Eva* se opone resueltamente a la liberación de *Cain*, y eso que acabo de ofrecerle en cambio un kanguro auténtico. Mi compañera está resuelta a correr toda clase de peligros. Es una necesidad. No era así *Eva* antes de ocurrir lo de la manzana.

QUINCE DÍAS DESPUÉS.—He examinado la boca del oso. El peligro es todavía remoto. Casi sólo tiene un diente, y en cuanto al rabo... ¡ni el menor asomo!... Lo único que de él me molesta es su tendencia a alborotar, de noche especialmente. A fin de poder conciliar el sueño, duermo en otra gruta. Cuando me levanto, y antes del almuerzo, voy a registrar la boca de *Cain*. Van apuntándome nuevos dientes. Si esto sigue así habrá que licenciarle, tenga ó no rabo. En realidad, un oso no necesita poseer rabo, para comérselo a cualquiera.

A LOS CUATRO MESES.—He estado un mes entero de caza y pesca. Nuestro oseño ha aprendido, entre tanto, a andar solo. Lo sorprendente no es que anda sin la ayuda de *Eva*, sino que dice *papá* y *mamá*. Ciertamente nos encontramos en presencia de una nueva variedad ursina.

Esos dos grunitos, parecidos a palabras, me intrigan, aunque, a mi entender, la semejanza es puramente casual; son grunitos sin significación ni objeto alguno, con toda seguridad.

Ahora bien, semejante imitación de la palabra, unida a la ausencia completa de pelaje y rabo, indica, de un modo evidéntísimo, que *Cain* es un oso sin par. Prométeme hacer mayores estudios acerca de la maravillosa criatura. Y serán estudios muy interesantes. ¿Quién lo duda?... Entre tanto voy a explorar otra vez las selvas del Norte, sin que se me escape un solo rincón. Deben habitar allí más ejemplares de *ursus adamianensis*. El nuestro será menos peligroso apenas se encuentre rodeado de compañeros. Marcharé, pues, a las selvas, no sin dejar antes a *Cain* prudentemente abozalado.

TRES MESES DESPUÉS.—La excursión ha sido fatigosísima y sin resultados. Mientras yo recorría los bosques, *Eva*, sin moverse de la gruta, ha cogido otro oso. ¡Jamás he visto suerte igual a la de mi compañera! Yo me pasaría cien años correteando selvas y no daría con tales animalejos.

OTROS TRES MESES DESPUÉS.—He comparado el oso nuevo con el antiguo. Evidentemente son de la misma familia. *Eva* lo ha puesto *Abel*.

Ayer quise diseñar a uno de ellos con el objeto de enriquecer mi colección. Tuve que desistir. *Eva* se opone a ello, ignoro por qué causa. De ahí el haber abandonado totalmente el proyecto, aun pareciéndome una tontería la oposición de *Eva*... ¡Cuán grande sería la pérdida experimentada por la ciencia si el momento menos pensado se nos escapasen los dos osos!

El viejo se encuentra más domesticado. Sabé, leer y hablar como un papagayo, a fuerza de pasarse horas y horas junto al loro que le regalé a *Eva*. Es una clase de oso con asombrosas facultades imitativas... ¿No se tratará en esencia de una variedad de loro desconocida? No me sorprendería. *Cain* ha sido para mí cuanto hay que ser desde los tiempos en que me parecía un pescado.

El osito pequeño es ahora tan feo como era su colega de pequeño; es la misma piel color do azulfo y barro cocido y la misma cabeza desnuda de pelaje.

DIEZ AÑOS MAS TARDE.—Son niños. Hace ya bastante tiempo que lo averiguamos. Lo que nos tuvo tantos años sin saber a qué atenernos fue la extraña apariencia de su cuerpo abotargado y menudo, cuando hicieron su aparición en nuestro hogar.

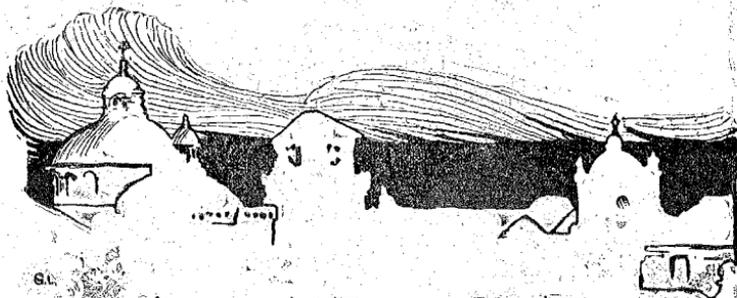
También tenemos ahora varias niñas. *Abel* es un buen chico. En cambio *Cain* hubiera sido mejor de nacer realmente oso.

Hoy comprendo que allá, en mis comienzos, fui algo injusto con *Eva*. Declaro que me parece preferible vivir con ella fuera del Paraíso terrenal a vivir sin ella dentro del Edén.

Al principio parecíame que hablaba mucho; ahora no podría pasarme sin oír la dulce música de su voz. ¡Bendito sea el accidente que, acercándonos a *Eva* y mí, me enseñó a apreciar la bondad de su corazón y la sublime hermosura de su espíritu!—FIN.



Esfinge



CRONICAS de QUITO

Gente ilustrada

—Ve Ud. amigo mío, ese par de sujetos que pasan platicando? — Ah! sí. — Los ha mirado Ud. bien?, fijese que son nada menos que dos hombres ilustrados, dos intelectuales de renombre. Lo más representativo del gremio.

Y mi pobre amigo provinciano abre admirativa y desconsideradamente su boca. Este gesto de él ya no me llama la atención, ya no me molesta, ya no me parece ridículo, porque le he visto repetir tantas veces, que ahora, hasta se diría, que le perdono con la bondad con que un cura viejo que ha escuchado muchas faltas mortales, muchas faltas veniales, perdona una nueva confesión. Después de todo, creo que este amigo defectuoso es un buen muchacho. Hace algunos años, cuando sin saber porqué, ni para qué, le gué por obra de la casualidad a su provincia, nos encontramos. Fue mi amigo y fue mi *cicerone*. Lo hacía todo desinteresadamente. Me acompañó en mis irrazonadas excursiones. Me salvó de muchos peligros. Como un perro fiel me seguía a todas partes. Conocer de su lugar, enseñóme todas las curiosidades que podían llamar mi atención. Amigo de las autoridades y demás hombres de pró, no vacilé en relacionarme con el gobernador, el secretario, el presidente del ayuntamiento y el cura. Y no

contento con esto, me recomendó personalmente al barbero para que me tratara con alguna consideración. — Oh! aquella afeitada! — Cómo la recuerdo todavía! — os la contaría con placer; pero desgraciadamente, nos está prohibido narrar historias tristes a los que sufrimos el castigo de tener una alma eternamente humorística. — Podráis moriros de risa.

Peró volvamos al asunto. Mi amigo el provinciano llegó hace pocos días a esto, que él con una nación religiosa llama: «La Capital». Y, yo naturalmente, en recompensa de sus antiguos servicios, ha tenido que regalarle unas cuantas horas de las de mi renta. Y convertirme en su guía.

Como siento un amor desenfrenado por todas las antiguallas, lo he obligado a admirar unas cuantas iglesias. He hecho sangrar sus pies, llevándolo por calles coloniales y casi desconocidas. También ha tenido que sacar su pañuelo para taparse las narices en las calles centrales. Le hice ver algunas de las mejores joyas (falsas por supuesto) de nuestro arte antiguo. Luego le llevé por la Corte Suprema, la Corte Celestial y la Escuela de Cristo. Le hice que conociera al presidente de la República, y también a alguna que otra vieja, fea, gruñona y rica,

Visto todo esto, pasamos como si dijéramos a otro salón, y estos últimos días le he presentado a la *menagerie* intelectual: Apolonidas, liridas, portalaras, bardos, poetas, periodistas y empleados públicos. La lista sería kilométrica. Todos tienen talento, todos son ilustrados. Todos son intelectuales.

Mi amigo está encantado. Está tan feliz como pudieran estarlo Adán en el Paraíso Perdido y Noé en su Arca impermeable; porque como es muy natural, yo procuro ilustrar los motivos que observamos, con unas cuantas frases, para que su cerebro, un tanto obtuso, reciba las percepciones algo más luminosas, algo más brillantes en algunos casos, así como en otros, algo esmeriladas, opacadas si se quiere.—Está probado que la luz demasiado intensa daña la retina.—Lo cierto es que a pesar de mis insinuaciones, luminosidades y obsecrecimientos, el diámetro de la circunferencia que constantemente dibujan los labios de mi amigo, crece de manera notable cada vez que le enseño una nueva cosa.

Hoy, por ejemplo, al indicarle que eso par de sujetos que pasaban platicando, eran dos intelectuales de lo más representativo, se ha quedado tan admirado, que he tenido que decirle:

—No se admire tanto, mi querido amigo, pues no hay de qué. Hemos encontrado juntos, y esto no es extraño, a dos ilustrados, que son lo que podríamos llamar los tipos o normas u hormas, si Ud. lo prefiere, de las dos especies de intelectuales que se dan en este clima. No se sorprenda si empiezo por decirle que el uno de ellos es un perfecto ignorante, casi un analfabeto, que apenas si sabe garrapear su propio nombre. No se sorprenda le repito. Voy a explicarle enseguida: El intelectual se forma de dos maneras: 1°. Comprando libros y

2°. Leyendo libros.—Ma comprendé?— Bueno.—Pues el intelectual número 1° es generalmente un muchacho rico, que viste bien y se suscribe a los periódicos. Va a las librerías y allí compra libros bien encuadernados, o libros últimamente recibidos, o libros de los que ha oído hablar en alguna parte, o libros que sus amigos le aconsejan que los compre. Tiene en su casa una magnífica estantería que cada día va llenando con volúmenes nuevos. Pero nunca leo ni una sola página,—este detalle carece de importancia para él.—Poco a poco se acumula de saber, cuidando, ordenando, arreglando, y contemplando sus adquisiciones. Y esto basta. Y, claro, no dijo uno, que el secreto de la sabiduría, está precisamente en ignorarlo todo? Para mí éste tiene razón. Es un tipo útil y simpático, puesto que si desapareciera, ya podrían los libreros, cerrar para siempre las puertas de sus tiendas, y los intelectuales número 2°, dedicarse a aprendices de artesano.

Para la formación del intelectual número 2°, quizá haya un poco más de trabajo, porque en primer lugar tiene que empezar por hacerse amigo del número 1°, de lo contrario está perdido. Esta labor no siempre resulta fácil. Pero en fin, un poco de paciencia, repetidos elogios, algunos servicios, flexibilidad vertebral y creo que al fin y al cabo el acercamiento se hace. Hecho esto empieza por solicitarle algo para leer. Adquiere confianza. Después ya no pide, la biblioteca está a su disposición. Con paciencia de hormiga lo lee todo. Entonces insinúa, luego manda la compra de nuevos libros de los que son de su gusto, de los que sabe que le interesan. Éste sabe mucho. Siente el deseo de hacer algo, escribe, sueña, medita, piensa, y camina de brazo por las calles con su amigo el ilustrado número 1°.

RAMIRO DE SYLVA.

ESCALAFON CERRADO

El negociado de Fomento de la Diputación foral ocupaba una estancia del segundo piso, parecida a todas las estancias ofinescas de la Administración española. Habitación grande y destartalada, ancha puerta, mampara guarnecida de bayeta roja con varios girones, dos ventanas a un patio interior, cinco mesas, un anaquel de pino repieto de expedientes en curso, llenos de polvo, una percha de madera, y, en invierno, ruedos de esparto blanco bajo las mesas y una estufa de hierro fundido, que asomaba su tubería por el vidrio roto de una de las ventanas.

La plantilla del Negociado componíase de un jefe, un oficial primero, otro oficial segundo, y dos auxiliares numerados como los oficiales. El Reglamento de las dependencias de la casa ordenaba que el ingreso en este Negociado se verificase mediante oposición por la plaza de auxiliar segundo, retribuida con el sueldo anual de mil pesetas, y el ascenso en el escalafón podía sólo conseguirse por rigurosa antigüedad, que proporcionaba un aumento de quinientas pesetas en cada cargo hasta el de jefe, que percibía tres mil pesetas.

Aquella mañana, una calurosa mañana de Agosto, cuando entró en la oficina D. Carlos Viesca, oficial primero, estaban ya en sus puestos el oficial segundo y los dos auxiliares: Chávarri, Albéniz y Castejón. Los tres liaban el primer cigarrillo. Eran las nueve y media.

Carlos Viesca colgó su amarillento sombrero de paja en la percha, ocupó el sillón de enea que había ante su mesa y, desprecizándose con un estirón de brazos y de piernas, exclamó: —¡Y así diez años, y los que caerán! ¡Cochina vida!

Era el saludo cotidiano de Viesca al comenzar el trabajo. Luego se ponía los manguitos, sacudía el polvo a los papeles que tenía a mano, reneando del ordenanza por su poca lim-

pieza, y requiriendo la pluma ensayaba la flexibilidad de sus puntos sobre la uña del pulgar de la izquierda.

A las palabras de Viesca siguió un pequeño silencio, turbado al instante por el bordoneo de un moscardón que penetró alocado por una de las ventanas. Albéniz se incorporó para darle un caprotazo con *El Imparcial*, que había comenzado a leer. No pudo alcanzarle y el insecto siguió dándose coscorrones por las paredes y armando impertinente algarabía.

—¡Reconcho!—gritó Chávarri. —Ni los bichos dejan trabajar en este tiempo. Decididamente, no debía haber estío o no debía haber oficina.

—Las imperiosas vacaciones, que dijo el otro—apuntó Castejón.—¡Quién tuviera dinero para fletar un *yacht* y lanzarse por los caminos del mundo!

—Sí, sí. Dichoso aquel que tiene su casa a flote...—comenzó a cantar Albéniz con ostensible ironía.

En esto se abrió violentamente la mampara roja y apareció la escañada figura de Simeón el conserje. Traía el rostro demudado.

—¡Señores...! ¿Pero no saben ustedes lo que ocurre...? D. Prisco López ha muerto repentinamente esta noche.

Al escuchar la noticia los cuatro oficinistas temblaron ligeramente, quedando con la boca abierta. D. Prisco era el jefe del Negociado. Como tenía la costumbre de no acudir hasta las diez a la oficina, no había extrañado su ausencia.

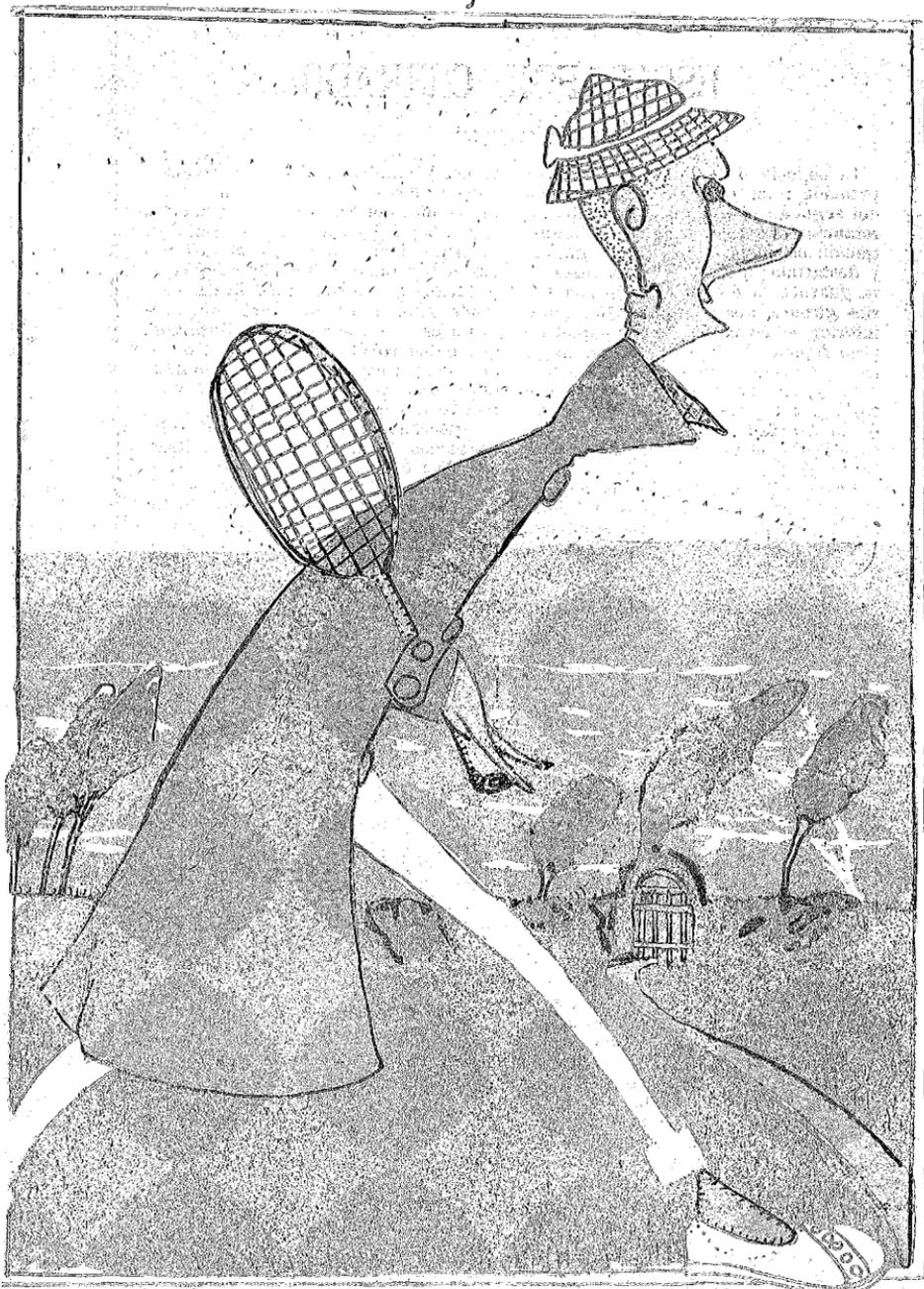
Repuestos de la sorpresa, vinieron las preguntas ineludibles.

—¿Pero usted cómo ha sabido...? —dijo Viesca.

—Noticia oficial no tenemos—contestó el conserje.—La cocinera del señor Secretario lo ha oído en la carnicería y acaba de decírmelo. Creo que ha sido un cólico miserere. Abundan estos días. El abuso de las frutas...

Los subordinados del difunto se lle-

Del mundo diplomático



Going to take fresh air?...

varon instintivamente la mano a la barriga. Simeón prosiguió:

—Como el señor López vivía tan lejos, en las afueras, no habrá tenido tiempo la familia de mandar parte.

—Pues es preciso acudir a ofrecer-nos a la vida... Vaya usted Castejón, interín viene el señor Presidente y pedimos licencia para cerrar el negocia-do—ordenó Viesca.

Salieron Castejón y el conserje, y al quedar solos el otro auxiliar y los oficia-les comenzaron las alabanzas de rigor de que nos habla el proverbio árabe.

—La verdad es que el pobre don Prisco era una malva—comentó Viesca.

No en vano lo habfan soportado de Jefe ocho años, y aunque la severidad de su conducta y de su trato los tenía soliviantados, puesto que había tenido el buen acuerdo de morir-se, no era cosa de guardarle rencor.

Albéniz hizo observar que don Prisco no era tan viejo como parecía, apenas contaría cincuenta y cinco; podía haber vivido muy bien veinte años más. Respecto a esta observa-ción, asintieron los otros dos, pen-sando, sin embargo, los tres, que el finado hubiera hecho muy mal.

Ensartaron tres o cuatro vulgarida-des más, hasta que a Chávarri, le ocu-rrió decir:

—Don Carlos, a usted toca ocupar la mesa vacante.

—Hombre no—protestó el aludido.

—Guardemos por lo menos el luto que don Prisco se merece. Sería muy cruel...

—¿Cruel? ¿Por qué cruel? E: la vi-da—replicó Chávarri.

—Ya saben ustedes que nuestro as-censo es automático; nadie puede qui-tárnoslo producida la vacante. Hoy para el bolsillo es día que señalar con piedra blanca.

—No sea usted bárbaro, Chávarri! —reprenido Albéniz con acento de poca convicción.

—Y mal que me van a venir a mí las quinientas pesetas, con mi mujer en vísperas del quinto año!—insistió Chávarri, con desahogado cinismo.

—Eso no viene mal a nadie, pero no es decoroso comentarlo—dijo Viesca con mal disimulado regocijo.—Y luego de una pausa, añadió: ¿Qué ca-

lor tan sofocante. Quieren ustedes que hagamos subir unos vasos de es-corzonera? Yo pago.

—Por mí, encantado—asintió Chá-varri.—Beberemos por la gloria de don Prisco y por la salud del nuevo Jefe.

Sonó un timbre y acudió el orde-nanza.

—Haga traer tres de escorzonera de la horchatería de la esquina—man-dó Viesca entregando una peseta al ordenanza.

—Si a usted le parece—objetó Albé-niz,—poflan subir cuatro. Le guar-daremos a Castejón, que vendrá echan-do los hofes.

—Es muy justo—dijo Viesca,—que suban cuatro.

Diez minutos después, cada uno de los oficinistas tenía en su mesa el co-rrespondiente vaso de escorzonera, fresquita y apetitosa, con el vidrio em-pañado y su pajita, incitando a los labios que debfan aprisionarla para sor-ber el refrigerante líquido.

A los primeros sorbos abrióse de nuevo la puerta de la estancia, y con su decidido paso de siempre entró don Prisco López, con gran estupe-facción de sus subordinados, que que-daron hechos una pieza. Ni siquiera valor tuvieron para ponerse en pie y saludar al Jefe como era costumbre todas las mañanas.

Don Prisco, hombre de mucha tras-tienda, al ver la sorpresa causada por su aparición y cómo los tres oficinis-tas habfan cambiado de color y que-dado sin aliento para pronunciar pa-labra, les salió al paso, diciendo:

—¿También a ustedes ha llegado la noticia de mi fallecimiento? Pues por fortuna para mí, todo ha sido una coincidencia de cargos y una seme-janza de apellidos. El muerto es Ló-pez, el Jefe de Fomento del Gobierno civil.

—Más vale así, balbuercó Viesca.

—Gracias—contestó López.—Y que no les haga daño la escorzonera.

—Si usted gusta, hay un vaso—se atrevió a ofrecer Albéniz.

—Vamos—dijo don Prisco,—me guardaban ustedes puesto, como al Comendador. Gracias, gracias.

RATHEL PAMPLONA.

LA SAMARITANA

DE

A. Kiuan & Cía

IMPORTADORES

Almacén de fantasía

VENTAS

POR MAYOR Y MENOR



CALLE DEL CORREO

ESQUINA DEL PASAJE ROYAL

Casilla de correo N. 7

Teléfono nacional

Núm. 1—2—0

DIRECCIÓN TELEGRÁFICA

Kiuan — Quito

PHOONHOOD

SELLO ROJO JABÓN

TRADE MARK
EXCELLED
REGISTERED
MARCA REGISTRADA

G.P.C. Tomson & Co. [FABRICANTES] Philadelphia, Pa., Et. de A.

BARATO

Teléfono 3 9 0

Apartado 2 9 7

Manuel M. Rojas

Confecciona toda clase de vestidos al gusto más exigente.—Especialidad en trabajos para militares.

C. J. Arosemena

OFICINA BANCARIA.

Compra y venta de Letras a los mejores precios del mercado.

Acepta depósitos a 3, 6 y 12 meses, pagando intereses más altos que los Bancos.

Cuentas corrientes y descuentos de Documentos.

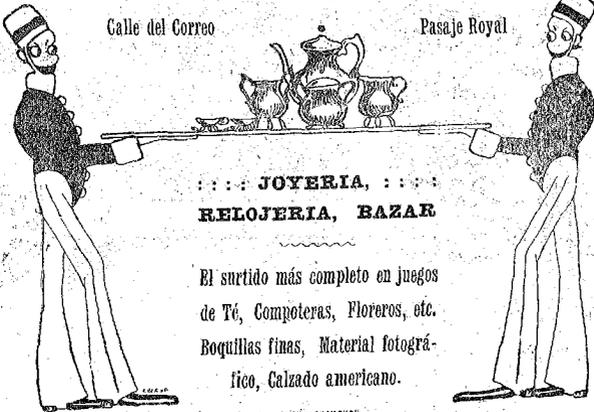
Solicítense informes.—Guayaquil.

CASILLA 337

Almacenes de Guillermo López

Calle del Correo

Pasaje Royal



JOYERIA,
RELOJERIA, BAZAR

El surtido más completo en juegos de Té, Computeras, Floreros, etc. Boquillas finas, Material fotográfico, Calzado americano.

Precios bajos. Artículos de primera clase.

CASE

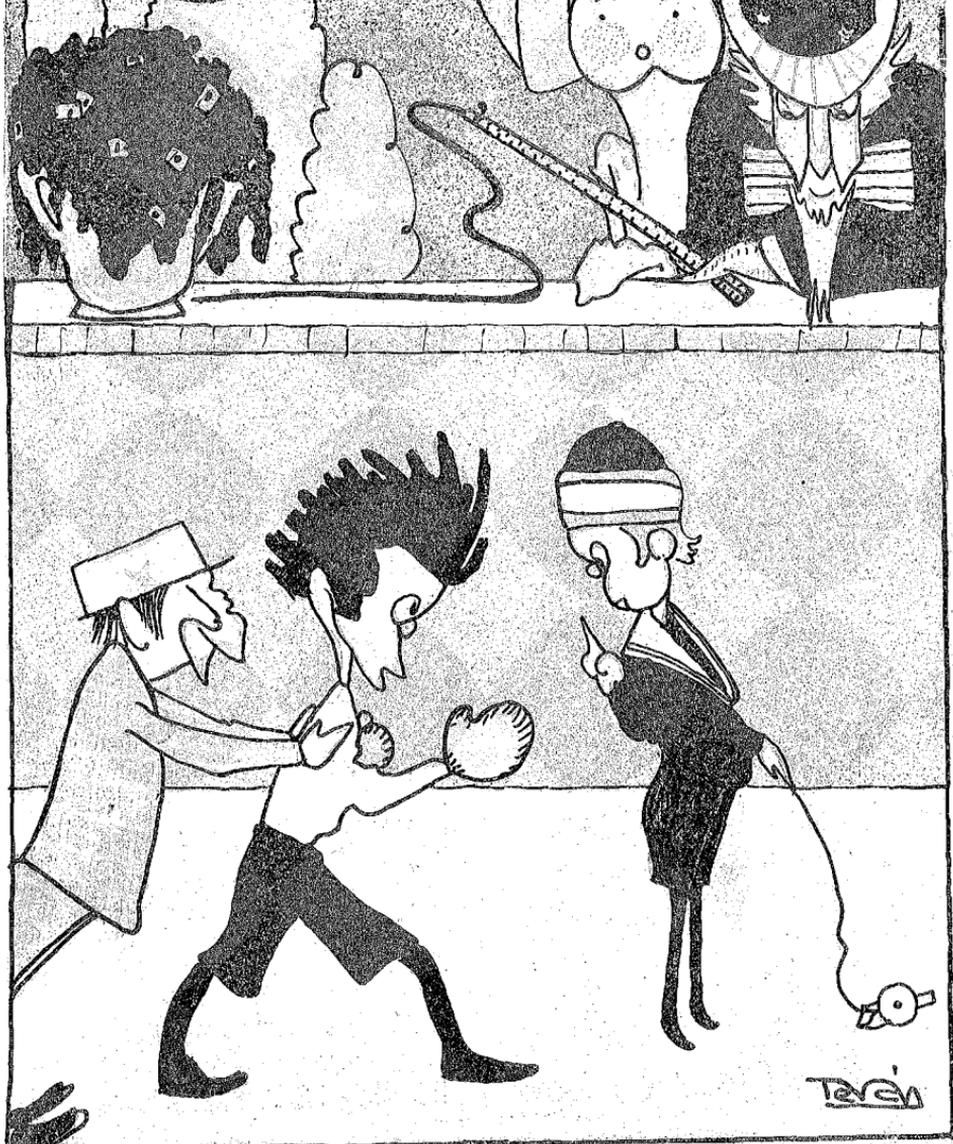


Acaba de llegar este
elegante automovil

Alvarez y Moreno
Representantes

Un día de su vida

CARICATURA



El Perú a Bolivia:
Con un solo vuelo, pero no contra dar....